
PROFESORES Y ALUMNOS



En esta sociedad que vivimos hoy corren malos tiempos para los profesores, quienes parecen figuras quijotescas luchando contra molinos diariamente en sus aulas.

Las únicas armas que poseen son su paciencia y su vocación, y a falta de un Sancho Panza, ellos solo ven la realidad e intentan imaginar la fantasía en su mundo.

Me dedico hace tiempo a esta profesión, y a pesar de todo, me gusta, aunque he de confesar que a veces se pasa mal en las clases intentando enseñar, cuando lo que terminamos haciendo es educar.

Intento no hacer las clases monótonas y además del contenido necesariamente académico, siempre tenemos tiempo para hablar a propósito de comentarios que pueda hacer algún alumno. Para los mayores, hay diariamente una frase de un sabio griego y para los otros, el único recurso que tengo es escucharles.

Cuando termina la semana, detrás de ese desgaste de energía en el que se convierte nuestro trabajo, siempre queda el interrogante de si lo habré hecho bien, si habrá merecido la pena, si algo se les habrá quedado, etc.

Hoy no está bien visto ni el dar las gracias ni el pedir perdón de manera inmediata, y es a largo plazo cuando nuestros alumnos se dan cuenta de todo lo adquirido en esos años de adolescencia. En este periodo de la vida todavía tienen sus hormonas un tanto revueltas y las neuronas van asentando posiciones en sus cerebritos.

Hace tiempo me dediqué a recoger en una libreta muchas opiniones de algunos de ellos.

Reflexionaban sobre su paso por mis clases y expresaban sus sentimientos más profundos sobre la experiencia y los conocimientos adquiridos.

El último día de curso antes de las vacaciones navideñas una exalumna pasó por el instituto para saludarme y entregarme una carta que había escrito hace tiempo, pero que no había tenido la oportunidad de darme hasta entonces.

Tras pedirle su permiso para publicarla, con el anonimato correspondiente, paso a copiarla porque creo que merece la pena que todos reflexionemos acerca de los jóvenes discípulos que tenemos diariamente en clase. Creemos que trabajamos duramente y en balde, que no nos escuchan, que son interesados, que a nuestras espaldas nos critican, que no merece la

ALUMNOS Y PROFESORES

pena hacer cosas distintas, que nadie valora nuestro trabajo. Pero esta carta tiene un bello mensaje lleno de esperanza e ilusión para seguir en la misma línea de trabajo que llevo haciendo durante unos años.

“Hace algún tiempo escuché que las cosas buenas de los demás debíamos comunicárselas siempre, pues es una forma de lograr una buena comunicación, un buen entendimiento y una mejora de ambos espíritus.

Por eso y por mis circunstancias llevo tiempo queriéndote expresar lo que tus enseñanzas y tu método de trabajo han significado para mí, como supongo que para otros muchos compañeros.

Hace ya más de cinco años que dejamos el instituto y han pasado muchas cosas, que nos han hecho cambiar, crecer y vivir; pero además en mi caso, puedo decir que me han ayudado a madurar y por tanto, a comprender lo importante que han sido tus enseñanzas, no sólo en el plano académico (que también) sino como una forma de vida.

Tanta palabra es para decirte que he comenzado a prepararme las oposiciones de secundaria y a lo que aspiro es a poder seguir tu ejemplo; a poder transmitir todo lo que tú nos has transmitido, en definitiva, a poder ayudar a los alumnos en su formación completa y compleja, como tú lo hiciste con nosotros.

Sólo me queda decirte, gracias. Gracias por tu música, por la pasión, por inculcarnos la curiosidad, la valentía y el coraje, por animarnos a elegir, por apostar por la felicidad, la paz y el amor, y por hacernos ver que un mundo mejor es posible y que cada uno de nosotros tiene parte en esta mejoría cada día.

Muchas gracias

P.D. Espero que sigas animando a generaciones enteras.”

